

biera debido florecer á raíz de su victoria, pero fácil es ver por qué no sucedió así; es preciso recordar primero que el cristianismo era una religión del pueblo, que había crecido y se había desenvuelto de abajo arriba hasta el momento que se hizo religión del Estado; los más hostiles á la nueva religión eran precisamente los filósofos, y su hostilidad era tanto mayor cuanto menos dados eran á los caprichos y fantasías de la imaginación filosófica (10); el cristianismo se introdujo en seguida en las naciones hasta entonces inaccesibles á la civilización; no es, pues, de extrañar que una escuela naciente tuviese que escalar de nuevo todos los grados que habían recorrido Grecia é Italia desde la época de sus antiguas colonizaciones; ante todo, recordemos que el influjo de la doctrina cristiana no descansaba en modo alguno en sus grandes principios teológicos sino en la purificación moral por el renunciamiento á los placeres mundanos, en la teoría de la redención y en la esperanza de un segundo advenimiento de Cristo; además, por efecto de una necesidad psicológica, desde que su prodigioso éxito hubo reintegrado á la religión sus antiguos derechos, los elementos paganos vinieron de todas partes á fundirse en el cristianismo, que poseyó bien pronto su propia y rica mitología; así se hizo imposible, durante algunos siglos, no sólo el materialismo sino también todo sistema lógico de filosofía monista.

El materialismo, sobre todo, fué arrojado á la sombra; la tendencia dualista de la religión del Zendavesta, que llama principio malo al mundo y la materia, y principio bueno á Dios y la luz, ofrece estrechas relaciones con el cristianismo por su idea fundamental y más todavía por su desenvolvimiento histórico; nada podía, pues, parecer más abominable que el espíritu de la antigua filosofía, que admitía no sólo una materia eterna sino que veía también en esta materia la única substancia realmente existente; añádase á esta metafísica del materialismo el principio

moral de Epicuro, por puro que se le conciba, y se tendrá una teoría diametralmente opuesta á la del cristianismo; después de esto se comprenden las prevenciones que dominaron durante la Edad Media contra el sistema epicúreo (11); desde este último punto de vista, la tercera de las grandes religiones monoteístas es más favorable al materialismo; gracias al magnífico esplendor de la civilización árabe, es en la religión mahometana, la más reciente de las tres, donde se manifiesta en primer término un espíritu filosófico independiente, cuya influencia se hizo sentir primero entre los judíos de la Edad Media y luego entre los cristianos de Occidente.

Los árabes no conocían aún la filosofía griega cuando ya el islamismo produjo numerosas sectas y escuelas teológicas; las unas concebían la idea de Dios de un modo tan abstracto que ninguna filosofía hubiera podido sobrepujarlas en esta dirección; otras no admitían más que lo que se puede tocar y demostrar, y otras, en fin, sabían combinar el fanatismo y la incredulidad en sistemas fantásticos; ya hasta en la escuela superior de Basora se desenvolvía, bajo la protección de los abbasidas, una escuela racionalista que se esforzó en conciliar la razón y la fe (12). Al lado de esta caudalosa corriente teológica y filosófica islamitas, que con razón se ha comparado á la escolástica cristiana de la Edad Media, la escuela peripatética, que por lo general atrae más especialmente nuestras miradas en cuanto se relaciona con la filosofía árabe de la Edad Media, no forma más que una rama comparativamente insignificante y poco variada en sus ramificaciones, y, Averroes, de quien los occidentales pronuncian el nombre con más frecuencia que el de Aristóteles, no fué, en modo alguno, una estrella de primera magnitud en el cielo de la filosofía mahometana; todo el mérito de Averroes es haber resumido los resultados de la filosofía árabe-aristotélica, de la que fué el último eminente representante, y de haberlos transmitido á los pue-

blos occidentales donde sus comentarios acerca del estagirita produjeron una gran actividad literaria.

Esta filosofía nació, como la escolástica cristiana, de una interpretación del sistema aristotélico expuesta con ciertos tintes neoplatónicos; pero mientras que los escolásticos del primer período no poseyeron más que una escasa parte de las tradiciones peripatéticas con una mezcla y un predominio de la teología cristiana, los árabes recibieron de las escuelas sirias mayor número de enseñanzas, y, entre ellos, el pensamiento supo libertarse mejor de la influencia de la teología, que siguió sus caminos propios en la especulación. El aspecto físico del sistema de Aristóteles, pudo, pues, desenvolverse entre los árabes de un modo completamente desconocido en la antigua escolástica, así que el «averroísmo» fué considerado por la Iglesia cristiana como origen de las herejías más perniciosas. Hemos de mencionar aquí tres puntos especialmente: la eternidad del mundo y la materia en oposición con la teoría cristiana de la creación: las relaciones de Dios con el mundo, Dios no actuado más que en el mundo extremo de las estrellas fijas y rigiendo sólo indirectamente los asuntos terrestres por medio de las estrellas ó bien Dios y el mundo fundidos en uno como quiere el panteísmo (13); y por último, la teoría de la unidad de esencia de la razón, lo único inmortal en el hombre; esta doctrina suprime la inmortalidad individual; la razón no es más que la luz una y divina que alumbra al alma humana y crea el conocimiento (14). Se comprende que tales doctrinas tenían que producir un efecto disolvente en el mundo regido por el dogma cristiano, y que, tanto por esto como por sus elementos físicos, el averroísmo fué el precursor del materialismo moderno; á pesar de ello, los dos sistemas son diametralmente opuestos, y el averroísmo merece ser considerado como uno de los pilares de la escolástica; por su culto exclusivo á Aristóteles y por la afirmación de principios que habremos de examinar más

despacio en el capítulo siguiente, ha hecho imposible durante mucho tiempo una concepción materialista del universo.

Además de la filosofía, debemos á la civilización árabe de la Edad Media otro elemento quizá más íntimamente ligado todavía con la historia del materialismo: tales son los resultados obtenidos en el terreno de las investigaciones positivas, las matemáticas y las ciencias físicas en la más lata acepción de la palabra. Por lo general se reconocen los eminentes servicios hechos por los árabes en astronomía y matemáticas; estos precisamente fueron los estudios que, reanudando las doctrinas legadas por los helenos, hicieron renacer la idea del orden y la marcha regular del mundo; este movimiento intelectual se produjo en una época en que la fe degenerada del mundo cristiano introdujo en las ideas morales y lógicas tal confusión como nunca se había visto en el paganismo greco-romano, época donde todo parecía posible y nada necesario, en que se abrió un horizonte ilimitado á los caprichos de seres que la imaginación dotaba sin cesar de nuevos atributos.

La mezcla de la astronomía con la astrología no fué tan perniciosa como pudiera creerse; la astrología y su pariente inmediato la alquimia tenían entonces (15) las formas regulares de una ciencia y, tales como las practicaban los árabes y los sabios cristianos de la Edad Media, diferían mucho del charlatanismo extravagante que se produjo en el siglo xvi y sobre todo en el siglo xvii cuando ya una ciencia más rigurosa había arrojado de su seno esos elementos supersticiosos; de un lado, el examen de estas dos ciencias combinadas, produjo importantes é impenetrables misterios que han contribuido al progreso de la astronomía y de la química; y por otra parte, estos arduos y misteriosos estudios, presuponían ya necesariamente por sí mismos la creencia de que los acontecimientos siguen una marcha regular y están go-

bernados por leyes eternas, y esta creencia fué uno de los grandes resortes científicos de la cultura progresiva que une á los tiempos modernos con la Edad Media.

Hablaremos también de la medicina, que en nuestros días ha llegado á ser en cierto modo la teología de los materialistas; esta ciencia fué cultivada por los árabes con especial entusiasmo; fieles en este punto también á las tradiciones griegas, quisieron, no obstante, seguir un método original de observación exacta y desarrollaron admirablemente la fisiología, que está tan estrechamente unida á las cuestiones que interesan al materialismo; en el hombre, en los reinos animal y vegetal, en toda la naturaleza orgánica, la sutil inteligencia de los árabes estudió no sólo los caracteres particulares de los seres sino también la historia de su desarrollo desde el nacimiento hasta la muerte, es decir, precisamente las cuestiones que sostienen el concepto místico de la vida; sabido es que las escuelas médicas que nacieron en la Italia meridional y en otras poblaciones cristianas de una superior cultura, estuvieron en contacto con los sarracenos; en el siglo XI, el monje Constantino profesaba la medicina en el monasterio de Mont-Cassin; este hombre, á quien sus contemporáneos apellidaron el segundo Hipócrates, después de haber recorrido todo el Oriente, consagró sus ocios á traducir del árabe algunos tratados de medicina y, en Mont-Cassin y luego en Nápoles y Salerno, se abrieron esas escuelas célebres á donde acudieron en tropel los occidentales deseosos de instruirse (16); observemos también que en ese mismo país nació por vez primera en Europa el espíritu de libre pensamiento, que no hay que confundir con el materialismo erigido en sistema aunque no obstante tiene estrechos lazos de parentesco con él; estos lugares de la Italia meridional y particularmente Sicilia, donde hoy reinan una ciega superstición y un fanatismo desenfrenado, eran entonces la

mansión de esclarecidas inteligencias y centro de las ideas de tolerancia.

Que el emperador Federico II, el sabio amigo de los sarracenos y protector esclarecido de las ciencias positivas, haya ó no tenido el famoso propósito relativo á los *Tres impostores*, Moisés, Jesús y Mahoma (17), no es menos cierto que en esa comarca y en esa época se vieron producirse muchas opiniones análogas; no sin razón Dante contaba por millares los audaces escépticos que, tendidos en sus tumbas de fuego, persisten todavía en burlarse del infierno; el contacto de las diferentes religiones monoteístas, porque también los judíos eran muy numerosos en este país y no cedían apenas en cultura intelectual á los árabes, debió necesariamente debilitar el respeto á las creencias especiales y exclusivas, pues el exclusivismo es la fuerza de una religión como el individualismo la fuerza de una poesía.

Para mostrar esto de que se le creía capaz á Federico II, bastará decir que se le acusaba de haber entrado en relaciones con los Asesinos, aquellos sanguinarios jesuitas del mahometismo que profesaban una doctrina secreta del todo atea y admitían abiertamente y sin restricción todas las consecuencias de un egoísmo voluptuoso y ávido de dominación; si lo que la tradición atribuye á los Asesinos es verdad, esta secta hubiera merecido honor más grande que el de una simple mención; los jefes de los Asesinos representarían entonces el tipo del materialismo tal como los adversarios ignorantes y fanáticos de este sistema le pintan hoy á fin de poder combatirlo con mayores ventajas; la secta de los Asesinos sería el único ejemplo suministrado por la historia de la unión de la filosofía materialista con la crueldad, la ambición y los crímenes sistemáticos, pero no olvidemos que todas nuestras noticias respecto á esta secta provienen de sus enemigos más encarnizados; es intrínsecamente muy inverosímil que sea precisamente la más inofensiva de todas

las concepciones del mundo la que haya provocado esa formidable energía y esa tensión extrema de todas las fuerzas del alma que sólo vemos unidas de ordinario á las convicciones religiosas; las convicciones religiosas, en su terrible sublimidad y con su encanto irresistible, pueden sólo obtener, hasta para las más terribles atrocidades del fanatismo, la indulgencia del historiador que sabe elevarse del hecho á la contemplación; esta indulgencia tiene profundas raíces en el corazón humano; así que no nos atreveríamos á fundar, á pesar de la tradición, en simples argumentos intrínsecos nuestras conjeturas de que sólo ideas religiosas animaron á los jefes de los Asesinos, si los orígenes de las noticias de esta secta no permitieran admitir semejante hipótesis (18); la libertad del pensamiento, llevada á su más alto grado, puede unirse al fanatismo de las convicciones religiosas, como lo prueba la orden de los jesuitas que ofrece tan grandes analogías con la secta de los Asesinos.

Volviendo á las ciencias físicas y naturales de los árabes no podemos menos de repetir la atrevida aserción de Humboldt, de que este pueblo merece ser considerado como el verdadero creador de las ciencias de la naturaleza «en toda la acepción actual de la palabra». Experimentar y medir fueron los dos grandes instrumentos con los cuales abrieron el camino á los progresos futuros y se elevaron al grado medio, que está entre los resultados del breve período inductivo de la Grecia y los realizados por los modernos en las ciencias físicas y naturales. Precisamente en el mahometismo es donde se muestra, de la manera más significativa, el desarrollo del estudio de la naturaleza que nosotros atribuimos al principio monoteísta; y hay que buscar la razón de ello en las cualidades intelectuales de los árabes y en sus relaciones históricas y geográficas con las tradiciones helénicas, pero también sin duda alguna en la circunstancia de que el monoteísmo de Mahoma fué el más rígido y se mantuvo más al

abrigo de las adiciones míticas; haremos, por último resaltar, entre las causas que pudieron facilitar una concepción materialista de la naturaleza, aquella de que Humboldt ha habido con minuciosidad en el segundo volumen del *Cosmos*: el desarrollo del estudio estético de la naturaleza bajo el influjo del monoteísmo y de la cultura semítica.

La antigüedad había llevado la personificación hasta sus últimos límites, pero rara vez tuvo la idea de considerar la naturaleza como naturaleza ó de presentarla como tal; un hombre coronado de cañas era el Océano, una ninfa la fuente, un fauno ó un Pan la llanura y el bosque; cuando el campo hubo perdido sus divinidades, comenzó el verdadero estudio de la naturaleza y se contempló con enajenamiento la grandiosidad y belleza de los fenómenos naturales. «Un rasgo característico de la poesía de la naturaleza entre los hebreos, dice Humboldt, es que, á la manera del monoteísmo, abraza siempre el conjunto del mundo en su unidad, tanto la vida terrestre como los espacios luminosos del cielo; se detiene pocas veces en el fenómeno aislado, complaciéndose en contemplar las grandes masas; pudiera decirse que sólo en el salmo 104 se encuentra la imagen del mundo entero: El Señor, rodeado de luz, ha desplegado el cielo como un tapiz, ha cimentado el globo terrestre sobre sí mismo con objeto de que permanezca eternamente inmóvil; las aguas se precipitan desde lo alto de las montañas á los valles por los sitios que las están designado, no debiendo franquear nunca sus diques y ofreciéndose para que beban todos los animales de la llanura; los pájaros alados cantan en el follaje; llenos de savia se levantan los árboles del Eterno, los cedros del Líbano, que el Señor mismo ha plantado para que las aves aniden en ellos mientras que el azor construye el suyo entre los pinos.» De los tiempos de la vida eremítica cristiana data una carta de Basilio el Grande en la cual, según la traducción de Humboldt,

hace una descripción magnífica y llena de sentimiento de la solitaria comarca poblada de árboles donde se levanta la cabaña del anacoreta.

De este modo las aguas de los manantiales afluyen de todas partes para formar el poderoso río de la vida intelectual moderna, y ahí, bajo sus diversas modificaciones, es donde debemos buscar el objeto de nuestros estudios, el materialismo.

CAPÍTULO II

La escolástica y el predominio de las ideas de Aristóteles acerca de la materia y la forma.

Aristóteles, confundiendo la palabra y la cosa, da nacimiento á la filosofía escolástica.—La concepción platónica de las ideas de género y especie.—Los elementos de la metafísica aristotélica.—Crítica de la idea aristotélica de la posibilidad.—Crítica de la idea de substancia.—La materia.—Transformación de esta idea en los tiempos modernos.—Influjo de las ideas aristotélicas sobre la teoría del alma.—La cuestión de los universales: nominalistas y realistas.—Influencia del averroísmo.—Influencia de la lógica bizantina.—El nominalismo precursor del empirismo.

Mientras los árabes, como en el capítulo anterior hemos visto, bebían en fuentes abundosas, aunque turbias, el conocimiento del sistema de Aristóteles, la filosofía escolástica de Occidente comenzaba el mismo estudio con el auxilio de tradiciones muy incompletas y no menos confusas (19); la obra principal de este género era el escrito de Aristóteles acerca de las *categorias* y la introducción con que la precedió Porfirio para explicar las *cinco palabras* (las cinco clases de ideas universales); estas cinco palabras, por las cuales empieza toda filosofía escolástica, son: las de *género, especie, diferencia, propio y accidente*; las diez categorías son: la substancia, la cantidad, la cualidad, la relación, el lugar, el tiempo, la situación, el estado, la acción y la pasión. Sabido es que existe una multitud siempre creciente de tratados con el propósito de explicar lo que Aristóteles quiso decir con sus categorías, ó enunciaciones, ó especie de enunciados; el objeto esencial se habría conseguido más pronto si antes se hubiera pensado en considerar como prematuro y obs-